

De bibliofilia.
Presentación del libro
CATÁLOGO DEL LEGADO JUAN B. VILAR,*
Villena, Casa de la Cultura, 26 marzo de 2003

MATEO MARCO AMORÓS

En 1908, Tomás Giner Galbis, farmacéutico en Villena, polifacético personaje y comprometido escritor, publicaba en *El Bordoño* un hermoso artículo sobre el *Papel social de las bibliotecas*. Entonces, el instruido boticario, desde planteamientos regeneracionistas que huelen mucho al «escuela y despensa» de Joaquín Costa, defendía, contra la costumbre de algunos «eruditos a la violeta» que se preciaban de tener los muchos libros que nunca leyeron, la necesidad de que los libros abandonaran su estado estático y pasaran al estado dinámico.

Una biblioteca no podía ser sólo adorno. Para Giner una biblioteca con los libros quietos era –así lo expresó–: «Cosa muerta, progreso que se pierde inicualemente entre tanto hombre falto de instrucción y medios intelectuales de defensa vital.» Y nos reclamaba entonces D. Tomás –desvelando su enorme inquietud intelectual– la necesidad de difundir el uso de la biblioteca y «establecer la costumbre de que nadie se acueste sin

* VILAR, Mar; VILAR, M^a. José: *Catálogo del Legado «Juan B. Vilar» en la Biblioteca Pública Municipal «Miguel Hernández» de Villena (Alicante)*. Estudio preliminar de (...). Presentación de Vicente Rodés Amorós. Introducción y catalogación de Pilar Díaz Martínez [ad alii]. Ed. Ayuntamiento de Villena. Murcia. 2002, 353 p.

haber leído, estudiado o razonado una página de un libro.» Para el farmacéutico las bibliotecas eran, y lo proclamaba con las retóricas propias de la época:

- «**centros activos** que incitan al hombre al estudio,»
- «**voces que llaman** al individuo al verdadero saber que engendra el trabajo y la riqueza»,
- «**palancas** que levantan a los pueblos del suelo para que miren al cielo y vean su destino»,
- «**depósito de las armas** que dan el triunfo en la lucha de la vida»,
- «la **pedra sólida** en que se asienta el edificio portentoso del moderno saber humano»,
- «**pedra de toque** que marca el progreso y cultura de las naciones y ciudades, (...)»

También, un Giner preocupado por los trabajadores, sensible con lo que en la época se denominó «cuestión social» nos refiere que en Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Suecia y Noruega... se han desarrollado las bibliotecas «para que los obreros sean trabajadores conscientes del papel que desempeñan y no máquinas (...)». Precisamente, lo que años más tarde, en 1936, en *Tiempos Modernos*, Chaplin parodia y denuncia contra el capitalismo y el maquinismo: la mecanización del ser humano.

El cultivado Giner cita el ejemplo de la Biblioteca popular de Milán donde –y parece que lo dice con admiración– se prestan libros. Y aporta datos estadísticos de la evolución progresiva del préstamo, llamándole la atención que en la citada ciudad italiana, el 43% de los lectores sean obreros. Finalmente, en este bello artículo, Giner insta al *Círculo Villenense*, para que haga lo mismo y acepte una propuesta firmada por siete u ocho socios donde se indicaba incluso, de manera que hoy nos resultaría curiosa, cómo organizar el préstamo. Así, entre otros aspectos, se sugiere el que se dejen libros «previo pago anticipado de la obra prestada».

Como colofón, y es cantinela de esta *intelligentsia* local, dicta que para contribuir al desarrollo de la población hay que imitar a las ciudades modernas¹. El adjetivo moderno estaba asociado sin vuelta, desde la borrachera positivista, al Progreso.

Precisamente Giner dejó una magnífica biblioteca que se integró en la hoy cerrada de la Caja de Ahorros del Mediterráneo en Villena y cuyos fondos –nos dicen– han sido donados a la Biblioteca Pública. Sería interesante seguirle los pasos para si es posible cribar los libros de Giner para distinguirlos, esto si no ha sido ya *purgada* previamente.

Rememorado el artículo de Tomás Giner, hay que decir con satisfacción, que con publicaciones como la que hoy presentamos se abre más la accesibilidad a los libros, en este caso, los donados desde 1986 por el catedrático Vilar. La voluntad lógica del donante es poner al alcance de los lectores los libros, cumpliendo anhelos como los que manifestaba con ilusión Giner: que una biblioteca no sea almacén.

1 GINER, T.: «Papel social de las bibliotecas.» En *El Bordoño*, 99 (25.10.1908). MARCO AMORÓS, M.: «El hombre de la luna. Los escritos de Tomás Giner Galbis en *El Bordoño*». En *Villena*, Ayuntamiento de Villena, Villena, 2001, p. 126 y ss.



Hoy que muchas bibliotecas llevan camino de dejar de ser bibliotecas para convertirse en videotecas o *compactecas* o como diablos quiera decirse... cuando algunas salas llamadas por rutina de lectura dan la impresión de ser más un videoclub que un espacio para leer, más una sala de videojuegos o salón de estudio de apuntes o salón recreativo de reunión y encuentro, que un lugar de lectura y consulta de libros, viene a aparecer como privilegio, el contar con fondos como el que presentamos.

Y en este contexto, es más, hay quien pensará que el objeto que presentamos, este catálogo, hoy bien podría servirse en otro soporte con más prestaciones. Soporte... prestaciones... es... son... palabras que se han catapultado en nuestro léxico cotidiano. Así decimos sobre todo de los coches, de los electrodomésticos, de los móviles, de los ordenadores... Pero... ¡Qué mejor honra para una biblioteca que un libro! Pero las opciones no son incompatibles, y se nos dice en la «Introducción» que es posible la consulta de la obra, también informatizada, a través de Internet. Porque hoy, para un catálogo de estas características, libro de libros, no podía ser de otra forma.

La necesaria edición impresa era un digno compromiso porque el *Legado* es honor para nosotros. Por poco que uno ojee las fichas o las fotografías de portadas y primeras páginas de los libros que salpican la publicación, pronto comprobará lo que ya dijimos en 1994, en un artículo publicado en la revista *Villena*. Allí glosamos las características que definen la colección de libros y que nos descubre a un lector selecto, exquisito, que ha hecho de la lectura placer, deleite, vida².

Es un fondo de humanista y en todo humanista hay al cabo un bibliófilo, un amante de los libros que no sólo se queda en lo físico del ejemplar sino que lo aprecia también por su contenido. Belleza física e intelectual es lo que llevan al bibliófilo hacia la querencia del libro.

Que no es cajón de sastre, sino que guarda una uniformidad, también lo dijimos entonces. Insistimos en esto porque habrá idiotas que piensen que quien hace estas donaciones se quita un enredo, un estorbo.

El fondo es, en varias vertientes temáticas, herramienta útil para estudios especializados. Al cabo, Vilar, que siempre muestra sus cartas, nos ofrece ahora su arsenal bibliográfico que ha sido útil para sus estudios prestigiosos sobre minorías religiosas y sobre el norte de África. Aparte de otros ejemplares muy entrañables. Por ejemplo, y eso que no me detengo en la preciosa colección de Biblias, no puedo dejar de citar una edición bella del *Corazón* de Amicis. Una edición española de 1887, editada por la Librería y Casa Editorial Hernando. Anotamos, que la novela del autor italiano es de 1886, un año antes.

De Amicis, autor predilecto en publicaciones periódicas obreras, fue muy leído en las escuelas cuando estas eran escuelas de aprender como la que rigió desde la bondad en Villena doña Ángeles Ramírez, la madre de Juan B. Vilar. Escuelas de aprender donde los maestros sabían cosas que enseñaban. Quizás ahora, en las escuelas, en los institutos,

2 MARCO, M.: «El Fondo Juan Bta. Vilar. La biblioteca de un humanista.» En *Villena*, Ayuntamiento de Villena, 1994, pp. 89-90.

hemos abandonado el saber –si se quiere entonces enciclopédico– por las técnicas; y así nos va: mucha estrategia pedagógica pero fofa de contenido donde asirse, sin estanterías donde asentar lo que se va conociendo.

Es en el prólogo del *Catálogo* donde, desde una perspectiva doméstica, se nos hace un entrañable y muy íntimo, por familiar, retrato de doña Ángeles que aumentará, si cabe más, la ya preciada admiración hacia su persona y que confirma su bondad:

Sus nietas María del Mar y María José, en letras dignas nos recuerdan que frecuentó la lectura de tratados de edificación cristiana «... acorde en esto con su concepto profundo, reflexivo, sincero y auténtico del cristianismo, de que su vida fue el mejor testimonio, lejos de devociones y prácticas rutinarias, lecturas que para ella fueron asidero, refugio y consuelo en medio de una vida de sacrificios y trabajos, no especialmente pródiga en satisfacciones terrenales».

Corazón de De Amicis. *Vida y aventura de Robinson Crusoe* de Defoe, el *Alrededor de la luna*, de Verne... –ambas en ediciones de 1921... o el *The land and the book or Biblical Illustrations...* de W.M. Thomson editado en Londres en 1865... entre mucha obra especializada y selecta para el interés de investigadores.

Parecerá, por lógica, verdad de Perogrullo, pero la sólida carrera investigadora y científica de J.B. Vilar no se entiende sin los libros.

Hay muchas maneras de hacer Historia, no todas rigurosas. Vilar, ya lo he escrito en alguna ocasión, es historiador riguroso y parte siempre de lo conocido, que demuestra conocer porque lo ha leído, lo ha estudiado. No se lanza al riesgo de descubrir lo descubierto; y desde lo sabido, aporta su grano de arena, o su desierto, o su oasis para utilidad de futuros estudios propios o de otros colegas. Es por esto, entre otras cosas, su gran amor a los libros. Lo dicho, la obra de Juan B. Vilar se asienta sobre un conocimiento exhaustivo de la materia. Y esto, sólo es posible desde un sustento bibliográfico y documental.

Manuel Azaña, en un artículo de 1923, publicado en la revista *España* se lamentaba: «Los españoles no nos aprovechamos del esfuerzo ni del saber de nuestros antepasados, todo lo fiamos a nuestro escarmiento personal. Será que la cultura en España es discontinua, inconexa; será que cada generación desaparece para siempre en un abismo de olvido.»³

Contra este nefasto abismo de olvido, Juan B. trama en sus estudios las sogas, asido a una abundante bibliografía que es saber de nuestros antepasados, que es nexo para la memoria fructuosa. Con esta donación, Vilar comparte con todos sus armas, el utillaje fundamental para su exquisita manera de hacer buena Historia.

En un contexto donde se debate el currículo, esto es los contenidos, y también las maneras para la enseñanza de la Historia de España, sobran las frases grandilocuentes, sobran las provocaciones victimistas y faltan investigadores y profesores de la talla del Dr. Vilar que solidifican sus trabajos sobre una abundante bibliografía demostrando lo

3 AZAÑA, M.: «Al pie del monumento de Cartagena». En *España*, 17.11.1923.

que se sabe y lo que no se sabe, y sobre una documentación cotejada. Bibliografía más documentación aliñadas de ingenio y buena voluntad. Que esto último también es necesario. Precisamente, el otro día, al hilo de una publicación escribía al amigo César López Hurtado que para ser historiador hay que ser buena persona. Y hay que ser generoso. «*Cada vez lo tengo más claro: no se puede ser buen historiador si no se es generoso.*» –le decía.

Hace poco, me llegaba una reseña escrita por el propio Juan B. Vilar reflexionando sobre el quehacer histórico y reprochando, muy crítico, a quienes vienen a confundir de manera exclusiva Historia con documento y quizá por ello se explique el que sean algunos cronistas, salvando las excepciones –como con tino y contundencia apunta Vilar– «... *celosos ocultadores de sus fuentes de información, fabuladores descarados e incluso, en más de un caso, coleccionistas o mercaderes de documentos, o dicho más claramente, desvalijadores de los archivos que les estaban confiados.*»⁴ Así de rotundo lo dice nuestro catedrático.

Y hay que decirlo así porque confundir documento con Historia viene a ser como confundir información con conocimiento.

Hoy –en estos tiempos de Internet– nos desborda la información. Una frase en un buscador o una palabra... y un clic, y abrimos pantallas y pantallas sobre lo que queremos saber pero... habrá que dejar las prisas a un lado para que quepa el cotejo, la reflexión, el talento y la buena voluntad. Porque al menos en Historia ya es preciso, como viene haciendo Juan B. desde hace tiempo, trascender las Historias nacionales –o peor las nacionalistas– para escribir una Historia del Hombre, de la Humanidad con sus miserias y con sus éxitos, con sus luces y sus sombras, sin determinismos de frontera ni de bandera.

Juan B. cree en las bibliotecas porque las ha utilizado y las utiliza con profusión, nada más acercarse a cualquiera de sus trabajos es descubrir que se fundamentan sobre lo publicado y sobre los documentos. Así, siempre se construye una pieza sólida que podrá llegar o no llegar a colmar las curiosidades que abrieron la investigación pero que sin duda asentará nuevos caminos para continuar el quehacer científico sobre la firmeza y desmontará supuestos, hasta la fecha, hilvanados.

Juan B. Vilar, estima las bibliotecas, su lección nos hace amar las bibliotecas y azuza la confianza en ellas. En realidad la vida de nuestro catedrático ha sido y es un continuo homenaje al libro, su legado lo confirma encontrándonos ante una colección de libros a todas luces selecta.

Cuando consulten la publicación que hoy presentamos y que denota un esfuerzo de todos los profesionales de la Biblioteca que han colaborado en la catalogación, les

4 VILAR, J.B.: Reseña a GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Alberto (coord.): *Actas del XXVI Congreso de la Asociación Española de Cronistas Oficiales. Badajoz, 17-19 de noviembre 2000*. Editora Regional de Extremadura – Mérida, 2001, 200 p. (30 x 21). En *Índice Histórico Español*, Universitat de Barcelona, Vol. XXXIX, nº 114, Barcelona, 2001, pp. 243-244.

impacientará una sana voluntad de querer conocer cada uno de esos libros. No desdeñen esta curiosidad y, tiempo al tiempo, vayan disfrutando de ellos. La lectura variada y crítica es lo mejor contra el dogmatismo. Y lo más sensato contra las manipulaciones.

Y nos ha pasado otra vez lo mismo que en 1994 cuando preparábamos el artículo sobre este fondo, artículo que se publicó, como se ha dicho, en la revista *Villena*. Nos es imposible, nos desborda glosar el fondo pues muchos libros –algunos ya raros– merecerían comentario. ¡Hay tanto interesante! ¡Y tanto valioso!... Las actas de congresos y alguna colección de revistas científicas que aquí están son obras de difícil si no imposible adquisición, los que nos movemos un poco en este mundillo bien lo sabemos. Esto catapulta su valía.

Por ello espero que este catálogo, si es que ya no lo está, quede pronto «atrasado» por las nuevas remesas que ampliarán el legado. Se cifran 5.650 volúmenes los catalogados, correspondientes a 3.856 títulos, pero se estiman unos 10.000 volúmenes el total del legado previsto por Vilar. Porque espero que la generosidad del donante no se agote a pesar de algunas posibles desazones derivadas, más que de malas intenciones, de una nefasta apatía que en ocasiones se instala en los quehaceres políticos donde en el denso bosque de las realidades y las urgencias cotidianas se hace tarea difícil el distinguir los árboles y las flores que verdaderamente vale la pena mimar. *Sine spina nulla rosa* (No hay rosa sin espinas) reza el exquisito exlibris de nuestro donante.

Por otro lado y concentrándome más en la publicación que presentamos, no puedo dejar de reconocer, leído el entrañable prólogo escrito por María del Mar y María José Vilar, a quienes conocí alumnas de Bachillerato y COU y he visto crecer en ciencia, mostrando maneras rigurosas que habrán de dar y están dando preciados trabajos, algunos de cuyos títulos ya se incluyen en la donación, leído el prólogo –decíamos– no me cabe sino un sonrojo al ver un elogio en general para todos los miembros del Patronato que formamos parte cuando este fondo necesitaba un empujón, pero que es elogio particular para Alfredo Rojas, para Pilar Díaz y para mí. Lo he hablado con Alfredo y con Pilar, y agradecemos mucho la referencia, pero sólo hicimos lo que creíamos que debíamos hacer. El que no se oyeran otras voces no quiere decir que no apoyaran el esfuerzo que ha exigido, exige y exigirá este legado. Acaso Alfredo, también Pilar Díaz, también el concejal José Luis Hernández Torres y yo, por conocer más la situación del legado, sólo desencamamos la liebre que entre todos había de cazarse. Y nunca más quepan los méritos para lo que era un deber y se hizo entre todos.

De mi experiencia en el Patronato esto fue sabor, lo que ahora referiré de inmediato aprendizaje y lo último, un sinsabor aún pendiente. Preciso:

Cuando se me nombró miembro del Patronato de la Biblioteca me marqué tres objetivos:

- Uno, el que terminó en aprendizaje, fue al defender una promoción poco folclórica de la lectura.

Aquí he de reconocer que estoy bastante solo. La vida y la promoción cultural va por otros derroteros que yo no comparto. Y sigo teniendo la sospecha de que muchas costosas

animaciones a la lectura redundan más en la animación que en el objeto. Esto es, que los niños se quedan en el camino y no llegan nunca a la meta. A pesar de mi postura blindada en aquellos tiempos, tengo la sensación y recuerdo grato de algunas discusiones enriquecedoras con algunos miembros del Patronato que para riqueza de actitudes pensaban muy diferente a mí.

- Dos, el que ha sido sabor y que hoy con esta publicación continúa: Consolidar y dar espacio físico al legado que estaba remitiendo Juan B. Vilar.

Aquí hay que apuntar, ya se ha dicho, que la disposición de todos siempre fue unánime.

Con todo, en aquellos momentos también me preocupó la prisa con la que los políticos, quizás acostumbrados a tomar decisiones a corto plazo, despachaban nuestras inquietudes. Yo no tenía ninguna urgencia por resolver problemas, a lo peor –como muchas veces– sí habilidad para crearlos exigiendo más reflexión.

- Y tres, el frustrado. Lo que sigue siendo sinsabor.

Entre los objetivos marcados tenía muy claro que no sólo había que preocuparse por los fondos de la biblioteca sino también y mucho por los del archivo, sección ésta que también ocupa al Patronato.

La protección de documentos ha sido una asignatura pendiente no sólo particular en Villena sino en nuestro país. En este sentido, recuerdo ahora, para deleite si se quiere de ecologistas radicales, pero para tragedia de investigadores, una anécdota que el historiador Javier Tusell cuenta referida al Archivo del Ministerio de Agricultura:

Siendo en los años 40 ministro de Obras Públicas el señor Alonso Peña Boeuf, según refiere el mismo en sus *Memorias*, empleó los archivos de su Ministerio (los del antiguo de Fomento) para hacer pasta de papel en el que editar unos planes de Obras Públicas que luego ni siquiera se llevaron a cabo⁵.

Es decir, sacrificó documentación valiosa para la investigación histórica. Los papeles sirvieron para el desdén en años de autarquía y hambres de posguerra que no justifican la agresión a la memoria.

En Villena suerte que se ha contado con personas como el llorado Antonio Cuéllar, a quien todavía no se le ha hecho justicia por su esmero en el archivo, que ordenó de manera peculiar y muchas veces personal, también generosa –a su sabio entender y su privilegiada memoria– los fondos arrumbados; y suerte que hoy se cuenta con personal cualificado. Mas faltan, no me cansaré de decirlo cada vez que se me dé ocasión, infraestructuras adecuadas para el archivo histórico, para la preservación, salvaguarda y consulta cómoda de sus fondos. El archivo municipal exige un espacio seguro para los documentos y cómodo y digno para el trabajo investigador.

5 TUSELL, J.: «Los archivos para la historia política del reinado de Alfonso XIII». En *Los archivos para la historia de la Restauración*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1982, p. 9. Citado en SÁNCHEZ ILLÁN, J.C.: *Prensa política en la España de la Restauración*. Rafael Gasset y El Imparcial, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, p. 27.

De los objetivos marcados al formar parte del Patronato, allá por 1995-1996, la publicación que hoy presentamos confirma por fortuna que los desvelos que tuvimos van viendo sus frutos. Aunque más lentamente de lo que insta siempre el deseo o la voluntad particular, que siempre quiere realizado para ayer lo que hoy solicitamos.

Por desgracia, lo del archivo se sucede con excesiva pereza. Fernando R. Lafuente, a raíz de la posibilidad ahora pronto, en abril, de consultar millones de documentos de los Archivos Nacionales a través de Internet, recordaba el otro día en ABC: «*Los archivos constituyen la memoria de una nación. La columna vertebral no sólo de la memoria, sino del testimonio de la razón y el sentido de ésta, a lo largo de su existencia. (...) España posee uno de los Patrimonios documentales más deslumbrantes de Occidente. –Y recordaba– La conservación profusa, rigurosa –y su difusión– de todo ese Patrimonio es una obligación, **subrayada en el texto constitucional**, al formar parte, también, de un bien cultural al que los ciudadanos, sin distinción, les asiste el derecho a su acceso.*»⁶

Leído esto, nos parece irresponsabilidad la situación del archivo local y no menos cualquier reivindicación de materiales que no vaya acompañada de una reforma que garantice, como ya se ha dicho, la seguridad, conservación y digna consulta de los documentos. Si no, estas reivindicaciones de documentación exiliada pueden sonar más a brindis al sol, o a broma destilada o mal aprendida en un manual de campaña electoral, que olvida que una petición material de esas características es imprudente, inútil e irresponsable si no se garantiza una seguridad de los documentos. Esto en el caso de que sea sensato, en tiempos de DVDs, en tiempos de digitalizaciones y consulta de archivos por internet, desordenar los archivos nacionales concentrados; que siempre, estoy seguro, serán más útiles al investigador que los dispersos. En fin, que en todo esto medie la sensatez y la responsabilidad y –sobre todo– las prioridades. Como va haciéndose con el Fondo Juan B. Vilar.

Pero en mi denuncia, me he desviado de lo que aquí nos traía. Apuntábamos más arriba y volviendo a la razón de nuestra presencia en este acto, pero sin abandonar el tono vindicativo, diremos que el legado ha exigido, exige y exigirá esfuerzos. Económicos y humanos. Mal haríamos si culminada hoy una meta no fuéramos constantes en su conservación. Acabo de venir de Menorca en donde, una de cal y otra de arena, he visto yacimientos arqueológicos excavados y estudiados con detalle en un tiempo reciente, y en los que se invirtió mucho dinero para su exposición y visita, hoy ya abandonados al expolio de desalmados turistas y del crecer caprichoso de la vegetación silvestre (jaras y lentiscos y encinas que colonizan entre musgos y romeros las piedras sagradas, históricas, saqueadas y removidas) y es que nos pasa, demasiadas veces, lo del dicho:

Arrancás de caballo y parás de burro.

6 LAFUENTE, F.R.: «La memoria de una nación». En ABC, 19.03.2003, p. 49.

Y yo no quisiera que nos pasara esto con el legado de Juan B. Vilar. Nos ilusionamos mucho con un proyecto, ponemos la carne toda en el asador, al rojo vivo como *sanlorenzos* mártires, como si el dolor fuera gloria, el quemarse gratificante, y socarrada la piel... abandonamos lo que nos costó la vida, como el adolescente abandona fugaz el amor que hace una hora iba a ser eterno, dejando caer sus labios en otros labios pasajeros, con capricho también efímero.

Queriendo terminar ya, quiero dejar claro que cuando he glosado en estas letras varias veces la generosidad de Vilar no ha sido por cumplido. Quienes me conocen saben que abomino de la adulación gratuita, entre otras cosas porque siempre he pensado que la adulación, falsa o exagerada, que el panegírico fingido, vuelve lanza lo que era caña, si se quiere caña cortada para amplificar el aplauso, caña-lanza. No hemos exagerado pues cuando hemos hablado de la generosidad de Vilar. Lo hemos dicho a boca llena y sincera. Como botón, que es muestra, les apunto una realidad que me tolerará Juan B. y que viene a confirmar varias cosas que hemos dicho aquí y glosamos en nuestro artículo de 1994:

- que el Fondo no es cajón de sastre,
- que es útil
- y que es generoso.

Me consta que Juan B., como su hija María José que orienta con tesón sus tareas investigadoras en el campo de la Geografía y la Historia, precisamente acabo de leer un precioso libro suyo sobre Ceuta en el siglo XIX, me consta que han necesitado consultar algún ejemplar hoy cedido. Los que alguna experiencia tenemos en el campo de la investigación bien sabemos de lo útil del tener a mano todo el armamento. Pero Vilar, ya lo hemos dicho de otra manera, no nos da lo que le estorba, nos da lo que le es precioso porque quiere que sea provechoso a los demás. Hay pues, insistimos, mucha generosidad en este legado. Y no sólo por el volumen sino por la calidad de su contenido.

El 23 de abril de 1903, el poeta Rainer Maria Rilke escribía una tercera carta al joven Franz Xaver Kappus, desde Viareggio, cerca de Pisa (Italia). Y despidiéndose le decía:

«Me es grato saber que mis libros están con usted.»

Antes, desde el mismo lugar, con fecha 5 de abril de 1903 le decía al recomendarle unas lecturas:

«Permanezca y viva por algún tiempo en estos libros, y aprenda de ellos cuanto le parezca digno de ser aprendido. Ante todo, ámelos: su cariño le será pagado miles y miles de veces. Y, cualquiera que pueda llegar a ser más adelante el rumbo de su vida, estoy seguro de que ese amor cruzará siempre la urdimbre de su existencia, como uno de los hilos más importantes en la trama de sus experiencias, de sus desengaños y de sus alegrías.»

Lo mismo, y con la misma ternura y bondad, parece querer decirnos Juan B. Vilar con los libros que ha enviado y envía, con los que él ha escrito o con los que han formado parte de su biblioteca personal. A mí no me cabe sino dar las gracias a él y a su familia (a su esposa Jose y sus hijas Mar y María José por comprender y tolerar esta pasión y este deseo, del padre, del esposo, que a veces parecerá locura), y felicitar a Villena por tanpreciado y humano legado que a tanto nos compromete⁷.

7 Texto de la presentación del Catálogo del Legado «Juan B. Vilar» en el Salón de Actos de la Casa de la Cultura, de la ciudad de Villena, en 26 marzo de 2003.